

SOPA DE LETRAS (*)

(CONTINUACIÓN)

por el

Doctor RAMON DIAZ MORA

Perales del Puerto (Cáceres).

III

SERAFÍN, EL RABIOSO

Tal vez, lector, te parezca inverosímil mi historia. Me apresuro a anticiparte que no es sino un fiel reflejo de algo que ocurrió y de cuya veracidad te fio. Te precisaré algunas circunstancias de tiempo y lugar que podrían servir para la fácil identificación. Mes de enero de 1939, en pleno apogeo de este siglo xx, del que dicen que ha embuchado de civilización y progreso los más apartados rincones. Para qué nos vamos a meter en discusiones, ¿verdad? Dejémoslo estar.

Lugar de la acción: un pueblecito extremeño de los que se cobijan en la falda de la Sierra de Jálama.

Para corroborar su certeza, diré que lo acaecido repercutió en un ambiente familiar. La situación absurda, las manifestaciones extravagantes, los comentarios incoherentes, todo, contribuyó a provocar una depresión moral, tanto más cruel cuanto más irracional era la causa que la producía. De aquí que una naturaleza en declive natural, por razón de edad, se abatiese bruscamente y abandonase este mundo de pequeñeces. Pero esto pertenece ya a lo íntimo y personal. No tiene, por tanto, cabida en el relato.

I

Don Jesús ejerce la Medicina y alterna las tareas de Escudero con el cuidado de una pequeña hacienda, en la que se incluye una punta de ovejas, de cierto más dóciles y agradecidas que la clientela. Porque si ésta tiene más lanas, las de las ovejas se pueden esquillear.

Regresa en este momento de la visita. Se despoja en el zaguán de la pelliza y de la bufanda, entre resoplidos sonoros, cuando se encara con el pastor que le esperaba.

—Era para decirle a usted que el *Lor* le ha mordido a varios perros, uno de ellos el del alcalde.

Lo único que le faltaba aquel día para estallar en cólera. Porque entre el «lóbado», que le había arrebatado dos o tres ovejas de las esquilables, y la epidemia de «sanampeño», como por allí se denomina el sarampión, que arreciaba en gravedad y se había llevado ya dos o tres chicos, hijos de otras dos o tres ovejas y borregos de los que tienen lanas y no las sueltan, tenía el ánimo irritado y a punto de explosión.

Y, naturalmente, pagó los vidrios rotos el pobre perro, el *Lor*. Soltó un taco estrepitoso y exclamó:

—Sí, hombre, sí. Estará rabioso. Coge la escopeta y pégame un tiro.

II

Diálogo en corro de comadres:

—El pastor de don Jesús ha matado de un tiro al perro.

—Como que estaba rabioso. Mordía a todos los perros que se le ponían delante.

(*) Nota de la Redacción.—Continuamos en este número y los sucesivos la publicación, con carácter extraordinario de la serie de artículos que, con el título más arriba señalado, nos envió el doctor Díaz Mora. Reflejan los mismos de tal modo la vida y las anécdotas del ejercicio de la Medicina en el medio rural, que creemos que su publicación habrá de interesar a nuestros lectores.

—Habría que decirle al alcalde que mande matar a los perros mordidos.

No era necesaria tal prevención. La primera autoridad había dado órdenes, y media docena de perros yacían tumbados en las cebaderas de los alrededores del lugar.

Menos el suyo, por supuesto. El perro del alcalde tenía bula.

Proseguían los comentarios.

—¿A cuántos habrá mordido sin que se sepa?

—Claro, si aquí va a pasar algo gordo el día menos pensado. Con tal de que no salga rabiendo alguna persona...

Nueva prevención de la autoridad. Todos los perros irán provistos de bozal. El que no lo lleve será recogido y se le pegará un tiro.

III

El espectáculo fué altamente educativo.

Al regreso del trabajo fueron sorprendidos. Algunos, avisados por su instinto, torcieron la ruta y se colaron en el pueblo por lugares insospechados.

Habiase publicado el bando a mediodía, cuando el pueblo estaba vacío de gentes, dedicadas a las faenas del campo.

Regresaban los campesinos y los pastores, con sus ganados y caballerías. Los canes regresaban también, ajenos al recibimiento que les esperaba.

En la salida, allá por el Fuerte, la autoridad apostó una pareja de carabineros, armados de pistola. Los chavales de la escuela merodeaban por aquellos parajes, regocijados por la fiesta que se preparaba, cargados de piedras.

Hizo su aparición el primer perro sin bozal.

A tiro limpio con él.

La escena tuvo repeticiones numerosas. Unos morían en el acto. Otros eran rematados a pedradas por la tierna infancia escolar.

Para evitar suspicacias, conviene advertir que los chicos obraban por cuenta propia. Si bien contaban con la tácita aquiescencia paterna, no parece probable que estuviesen dirigidos en su labor de saneamiento por sus respectivos maestros, como pudiera suponer algún apasionado de la pedagogía peripatética.

A tiros, a pedradas y entre ladridos de dolor perdieron la vida ciento veintitrés canes de diferentes razas, tipos y variedades.

IV

Ya nadie se acordaba de la hecatombe.

Y eso que hubo cierto runrún porque el señor alcalde no permitió que diesen muerte a su perro. Aunque a nadie se le ocurrió pensar que si éste no había salido rabioso, mordido por el *Lor*, inocente can que dió origen a la tragedia perruna, lo natural es que no se produjera ningún caso, ni el *Lor* siquiera estuviese rabioso. Consecuencia todo de una palacada de alcalde demasiado nervioso.

Hete aquí que la bomba estalla de nuevo.

Terminaba don Jesús de comer. Sin pedir autorización, se le coló el *Mechas* un sujeto de antecedentes poco favorables, que le tenía entre ceja y ceja por aquel juicio de faltas en que, a instancia del médico, tuvo que purgar una ratería. En aquel momento venía a darle cuenta de que su tío Serafin, el pastor de sus ovejas, se encontraba muy enfermo en el campo, donde cuidaba de ellas.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé: dice que tiene mucho frío y le entran ganas de comer piedras.

Estaba cerca del lugar, y decidió acercarse a verle. Al salir del pueblo, una mujeruca se le acercó, preguntándole.

—¿Con que eso pasa, don Jesús?

—¿Qué pasa?

—Que Serafin ha rablado.

—¿Quien ha dicho tal barbaridad?

—Su sobrino, el *Mechas*, que venía a buscarle a usted y a decirsele al alcalde.

Apretó don Jesús el paso. Iba pensando en la ocurrencia del *Mechas* y esforzándose por adivinar que se habría propuesto propalando tal infundio. Recordó lo del juicio, en que le condenaron por su testimonio, y creyó vislumbrar un deseo de venganza, cuya realización le parecía incomprensible. Recordó también que cuando lo del *Lor*, el pastor le había dicho que una oveja andaba mala; por si era de la rabia, la separó del rebaño, atándola a un árbol. Amaneció al siguiente día ahorcada con la soga, y tirando de ésta la arrastró y enterró en un hoyo. Precauciones derivadas de una supuesta mordedura del *Lor*, para evitar que el contacto con la oveja le transmitiese la enfermedad a Serafin.

Se acercó al sitio donde se veían pastar las ovejas. Un obrero le salió al paso. Le preguntó:

—¿Y Serafin?

—¡Chist!—le respondió, mientras señalaba con la mano a una pared—. Allí detrás está, vaya con cuidado.

Le encontró llorando a lágrima viva y temblando de frío. Le llamó.

—Serafin. Serafin.

—No se me acerque usted, don Jesús. Estoy rabioso. Máteme y que me quemén después...

Le puso una mano en el hombro. Aquel infeliz, sin duda, deliraba. Las hambres que su mujer le hacía pasar eran, sin duda, la causa de su trastorno. La *Tana* le tenía abandonado y apenas se acordaba de él para otra cosa que para pedirle el jornal y adornarle frondosamente.

—¿Quién ha estado antes contigo, Serafin?

—Mi sobrino, el *Mechas*.

—¿De qué habéis hablado?

—De mi mal, don Jesús. Porque es que comencé a sentir una tiritona muy grande, y me dijo que si yo había andado con la oveja muerta, que si yo acariciaba al perro, seguramente tiritaba porque había empezado a rabiar...

—¿Cómo has podido hacer caso?

Y sacando del bolsillo una naranja, hizo además de dársela a Serafin. Este la cogió, y después de mirarla un rato, la tiró lejos de sí. Detrás de la pared, unos campesinos que se habían acercado observaban la escena, prudentemente resguardados. Viendo que el médico le daba algo para que lo comiera y que el «rabioso» lo tiraba, comprendieron: el médico le daba un alimento envenenado, como rezaba la tradición, para matarlo, porque, en efecto, estaba rabioso. Y se alejaron huyendo a contar en el pueblo lo que pasaba.

Don Jesús se dió cuenta también del porqué de la negativa de Serafin. Y decidió llevárselo con él al pueblo.

V

Feliz acuerdo. Iban los dos camino adelante, y a menos de medio kilómetro divisaron un tropel de gente armada, que se dirigía hacia ellos. Carabineros, guardas, alguacil y concejales, el jefe de Faanage, el alcalde y un nutrido coro masculino. Escopetas, pistolas, fusiles y garrotes, amén de las consiguientes peladillas que se veían en algunas manos y rellenaban algunos bolsillos.

Se adelantó hacia ellos el señor alcalde:

—Alto, alto; no den ustedes un paso más.

¿Qué estrépito era aquél? Don Jesús y Serafin se detuvieron extrañados.

—Dgame, señor médico. ¿Dónde lleva usted a ese hombre?

—¿Dónde va a ir? A su casa, a meterse en la cama. Delira con la fiebre, y dice que está rabioso. El pobre necesita descanso.

—Lo está, lo está, don Jesús. Y un hombre rabioso no puede entrar en el pueblo.

—No diga majaderías. Déjeme pasar con él. Y me alegro de acompañarle, pues, a lo que veo, si viniera solo ocurriría esta tarde algún disparate. ¿A qué, si no, ese aparato de armas?

—Le repito a usted que ese hombre no entra en el pueblo.

—Bajo mi responsabilidad que sí, ea.

—Pues ya lo saben ustedes. El médico se empeña en que pase, y él es el responsable. Consiento en dejarlo, pero a condición de que esta noche duerma el rabioso debajo de las campanas, en la cárcel, como medida de seguridad.

—Dormirá en su casa.

—¿Eso también? Entonces habrá que ponerle una guardia.

—Póngale doscientas.

—Bueno. Pues andando. Tú (dirigiéndose a un guarda) ponte detrás del rabioso y prepara la estaca. Al menor renuncio que observes, le abres la cabeza. Y vosotros, adelantaos a prevenir a la gente que va a llegar el rabioso.

Corrieron dos armados, dando voces, para prevenir al vecindario. Las mujeres recogieron a los niños y cerraron las puertas con siete trancas. Quedaron solitarias las calles, y por las ventanucas entreabiertas fisgaban los ojillos curiosos y asomaban las narices como única parte visible de los rostros. Y así, emparejado don Jesús con el «rabioso», y tras éste el guarda, estaca en alto para no errar el golpe, penetraron en el pueblo bajo la sagaz mirada del señor alcalde.

VI

El cuitado cayó en la cama como un leño. Le empapizaron la única medicina que necesitaba, un buen caldo con huevos y jamón, y durmióse profundamente. En este momento llegó el alguacil.

—De parte del señor alcalde, que se presente usted en seguida en el Ayuntamiento, don Jesús.

Allá fué el médico. Quedó la casa llena de curiosos, que, prudentes, no soltaban de la mano las estacas.

En el Ayuntamiento le esperaba el alcalde. Con el secretario y algún notable más, estaba también don Luis, el médico del «Tragatorio», denominación usual que la gente daba al Preventorio infantil en que prestaba sus servicios, del cual había subido en virtud de oficio conminatorio de la primera autoridad.

—Los llamo a ustedes para que emitan un informe haciendo constar que ese hombre está rabioso.

—¿Aún sigue usted con el tema? ¿Cómo va a rabiar un sujeto que no ha sido contaminado, pues lo de los perros ya se sabe que fué una barbarie? Aun en caso de posibilidad, no ha transcurrido el mínimo tiempo de incubación indispensable.

—¿Que no? ¡Porque usted lo diga!

—¿Quién sino nosotros lo podrá decir con fundamento?

—Pamplinas y cuentos. Que yo estoy harto de ver personas mordidas por un gato rabioso, y a la media hora echaban espuma por la boca y mordían a la gente. Ustedes lo dicen porque lo han leído en los libros. Pero yo lo he visto y lo sé por experiencia.

¿Qué hacer con un alcalde lleno de ciencia infusa? No era cosa de desasnarle, y ambos médicos prefirieron decirle que sí, que tenía razón. Y se dirigieron a la casa de Serafin.

VII

Don Luis tenía peores pulgas. Vió la casa llena de gente, sobre todo mujeres, en las que venció la curiosidad al temor, y dijo a la esposa del enfermo:

—¿Qué hacen aquí esas tías?

—Vienen a interesarse por el pobre Serafin.

—Mentira. Cuando te estuviste muriendo y necesitabas un pedazo de pan, ninguna apareció por aquí. A la calle, holgazanas.

Quedaron tan sólo dos mujerucas, más recalcitrantes. Al ponerle al enfermo una inyección de alcanfor, dijo una de ellas:

—Ahora es cuando las va a «espichar»; esa «endición» es para despacharlo sin que se dé cuenta.

—Quién sabe—murmuraba la otra—. Yo creo que a éstos los largan con una sangría suelta.

Serafin roncaba como un sochantre. Confortado con el alimento, sonreía beatamente. Ibanse ya los médicos, cuando apareció de nuevo el alguacil.

—Vengo de parte del señor alcalde a amarrar a ese hombre con esta sogá para que no sea peligroso.

Don Luis tomó la palabra.

—Mira, le dices al alcalde que para amarrar a este hombre se necesita una persona de conocimiento y de agallas. Lo mejor es que venga él a hacerlo. Es al único que se lo consentiremos.

Fuése aquél con el recado.

—Si el alcalde viene—dijo don Luis—, en cuanto intente acercarse con la sogá, que haga Serafin un gesto, ¡aaaaahmm!, con la boca, como si le quisiera morder. Veremos cómo vuela un alcalde sin paracaídas.

Si, sí. No era el alcalde de la madera del Cid.

VIII

Discreteo en la fuente pública.

—Todavía no ha rabiado.

—De mañana no pasa.

—Creo que duerme como un poste.

—Esos son los peores, que luego se ponen furiosos.

—Dicen que está engordando.

—Cosa propia de la dolencia.

A este tenor, el comentario público mostraba la intriga de la curiosidad defraudada, porque Serafin no gritaba, saltaba, arañaba, huía del agua y demás obligaciones que, según el criterio de las honradas gentes, cumple todo rabioso que se estime.

Hasta que un día le dijo don Jesús:

—Pasado mañana te doy el alta y te vuelves a tus ovejas.

—Eso lo dice usted para engañarme.

—¿Aún sigues en esa manía?

—No es manía. ¿Por qué no me la da usted mañana? Porque pasado mañana es viernes, y mejor que yo sabe usted que los rabiosos se mueren en tal día.

IX

Pasó el viernes. Le dió el alta. Fuélele quitando la manía y renació la tranquilidad en el pueblo.

—¿Preguntáis por el señor alcalde?

—Sigue bueno, a Dios gracias. Desempeñando su cargo con la sensatez y acierto que ya podéis suponer.

IV

POR LOS CERROS DE UBEDA

Consulta de niños en un centro benéfico. Hay varios «nuevos», que vienen con sus madres respectivas por primera vez. La enfermera va tomando los datos para rellenar las fichas de cada niño.

Le toca el turno a una madre joven. Trae a su primer retoño, que aún no cuenta un mes de vida. La enfermera pregunta:

—Edad del niño.

—¿...?

—Que qué tiempo tiene el niño.

—¿...?

El médico, allí presente, interviene.

—Diga en qué día nació.

El mismo silencio por respuesta. Cosa extraña, pues

la mujer—conviene anticipar este detalle—está acostumbrada a viajar por toda España, ejerciendo una pequeña industria ambulante, y en uno de sus viajes, fuera de su casa, dió a luz, y no hay que suponerla cohibida por ningún temor infundado.

—Fijese bien—insiste el médico en ayudarla a hacer memoria—; se trata de su primer hijo, no debe de haber cumplido usted aún la cuarentena, ha sufrido su primer parto; la fecha reciente y lo doloroso del trance no se le pueden haber borrado de la memoria. Recuerde.

—No, no me acuerdo en qué día nació.

—Si no es posible,

—Si, señor; no ve usted que entonces estaba yo forastera...